

13

Diez notas sobre el fin de semana de los Oscar

1

Hollywood es vulgar. Cualquier inglés lo sabe. Lo sabe como sabe que no existe la comedia en Alemania, como sabe que los italianos lo tienen bien montado cuando se trata de la comida, el matrimonio, el clima y el paisaje, pero no en lo tocante al gobierno, el trabajo, el tráfico y Dios. Las piscinas de color aguamarina de Los Ángeles en los cuadros de David Hockney evocan con precisión la actitud de los ingleses respecto a Los Ángeles: un desprecio afectuoso por las superficies resplandecientes. «¡La La Land!» Alfombras rojas; actores semisagrados en un Valhalla exclusivo; fiestas inimaginables; joyas de valor incalculable. Durante el fin de semana de los Oscar, un periodismo automático hace un refrito con estas ideas eternas, siendo las descripciones de los periódicos equiparables a los cuentos del taxista que te lleva desde el aeropuerto.

Resulta extrañamente opresivo partir de viaje a un lugar tan imaginado por otras personas. Ya llevo dentro de la funda de mi vestido la imagen del sueño de Hollywood concebido por otros, tras cometer el error de contar a las dependientas de Bond Street que me voy a Los Ángeles para escribir un artículo sobre los Oscar. Es un vestido rojo, con

un solo tirante; un enorme lazo pende de la cadera; tiene miriñaque y cola. Es un vestido que no acaba de entender a Hollywood, sus complejos niveles de poder y exhibición, su política y sus protocolos meticulosos, que a veces parecen tan intrincados como los de la Francia del siglo XVIII. En el avión, el auxiliar de vuelo da su aprobación, doblando la funda con cuidado sobre el brazo («Se nota por el peso: es fabuloso») y colgándola con veneración en el pequeño armario que mide medio metro menos de largo.

2

Una viñeta del *New Yorker*: un hombre, encantado de la vida en una bañera, anuncia: «Ha llegado la hora de los Oscar: ¡se percibe ese hormigueo especial en el aire!» Al mismo tiempo su mujer está planchando en la cocina, rodeada de gatos. Cuando uno aterriza en Hollywood, se produce una extraña relación inversa entre implicación y expectación: cuanto más alejada está una persona de los propios Oscar, más se altera. Los directores nominados para un Oscar suspiran y hablan lánguidamente de la posibilidad de ir a un partido de fútbol en lugar de asistir a la ceremonia. Los aparcacoches apuestan por el mejor actor. En el taxi al hotel, el conductor dice: «Hay que entenderlo: cuando imaginas que todo el mundo alrededor tiene el mismo objetivo, un único centro de atención, se da una espiritualidad compartida. ¡Es hermoso!» Mi taxista, como muchos en Hollywood, es guionista. De momento tiene dos guiones. Describe el primero como «una especie de *En el punto de mira* para la generación de la Xbox». El segundo trata de un encuentro hipotético entre el humorista Harpo Marx y el millonario Armand Hammer. Ha hecho su labor de investigación y puede demostrar que los dos hombres estuvieron en Hamburgo en septiembre de 1933.

«¿Y usted qué? ¿Está aquí por trabajo?» Bueno, me han encargado un artículo y se ha hablado de la posibilidad de adaptar uno de mis libros al cine. El taxista no le da la menor importancia, y con razón: el artículo no se ha escrito todavía; la película no se ha hecho. Eso no es trabajo. Él puede hablar con verdadera lástima de algunos de los actores más famosos de Hollywood sólo porque él o ella de momento no ha estrenado ninguna película este año. El éxito es el éxito y no debe confundirse con nada más. La ciudad es mayor que cualquier individuo, incluidas las superestrellas, y en eso es todo lo contrario a la vulgaridad.

3

Viernes por la tarde en el hotel Mondrian, en Sunset Bulevar. El Mondrian es un auténtico hotel de fantasía de Hollywood, y eso se pone de manifiesto en el hecho de que pocas personas de la industria optan por alojarse allí. Ante la entrada se amontonan los fotógrafos; la piscina se halla rodeada de buganvillas y bellezas rubias en bañador; justo debajo de mi habitación, en las alturas del «bar del cielo» —desde el que se ve todo Hollywood—, un DJ da comienzo a la fiesta a las seis y no para hasta las tres de la madrugada. La música es gangsta rap, destinada a una clientela mayoritariamente blanca que considera al «chulo» un modelo de conducta en los negocios. Las habitaciones son blancas, al igual que todos los complementos; también las sábanas y sillas y mesas y fundas de almohada, los jarrones y sus flores. Los actores hacen una mueca al oír mencionar el Mondrian. «Es un poco... un poco demasiado, por alguna razón», comentan.

Hollywood tiene muchos estratos. Sentadas junto a la piscina hay chicas despampanantes en biquini acompañadas de ultramachos, pidiendo cócteles de veinte dólares y *makis* de langosta, contemplando las aguas de ensueño de

la piscina a lo Hockney, que lamen las baldosas de terracota circundantes. No hay nadie nadando. Una pareja de jóvenes negros, vestidos con las prendas de Versace de imitación que consideran apropiadas para la ocasión, posa en una tumbona y pide a una camarera que los fotografíe, viviendo el sueño. Eso lo repiten varias veces a lo largo de la tarde italianos, ingleses, australianos. Todo el mundo conversa sobre los Oscar, en voz alta. No se habla de otra cosa en la ciudad. Las chicas despampanantes consultan el reloj y dan media vuelta. Estas chicas provocan escalofríos hollywoodenses de admiración, ahí, junto a la piscina, pero son muy distintas de las actrices. Las chicas despampanantes son perfectas; las actrices no. Las actrices son bajitas; tienen la cara irregular, la nariz torcida. Las actrices son encantadoras. No tienen un moreno uniforme y oscuro; no llevan *sarongs* con el logo de Gucci. Sus pechos son reales, o bien el trabajo que les han hecho es de una gran sutileza. Hay una desconexión deprimente entre las chicas que quieren ser actrices y lo que es en realidad una actriz de éxito en Hollywood. Resulta de lo más extraño estar junto a una fabulosa piscina de Los Ángeles en un fabuloso hotel y comprender que, por lo que se refiere a Hollywood, éstos son los desposeídos.

4

La noche del viernes trae consigo una fiesta en las colinas. Es una casa a lo Frank Lloyd Wright, del estilo de las viviendas de la pradera: amplia, de poca altura, elegantemente desparramada. Más allá de una extensa franja de césped hay una piscina iluminada tenuemente, un rectángulo largo y estrecho delimitado por sencilla piedra blanca. El agua despide vapor. Las numerosas puertas que comunican las habitaciones están abiertas de par en par: desde el cuarto de baño se ve el jardín en el lado opuesto de la casa, a sesenta

metros de distancia. Hay amapolas violáceas recién cortadas en sencillos jarrones de piedra. Saul Steinberg está en las paredes. Todo el mundo tiene frío: incluso para el desierto, es una noche fresca. La gente forma corrillos en torno a las lámparas calefactoras y en los bancos se apretujan hasta cuatro personas, muy juntas para darse calor. Estar en permanente estado de asombro requiere un esfuerzo; al fin y al cabo, estas personas son seres humanos, y en una fiesta de celebridades sin la prensa, el hecho de ser una celebridad se difumina, al no haber nada con que contrastarlo. Una vez superada la impresión de constatar la normalidad de su dimensión humana y todo aquello que consigue disimular el Photoshop —la escasa estatura, las arrugas, el rímel un poco corrido—, te quedas con algo parecido a la celebración de unas bodas de oro en las que nadie puede identificar a la feliz pareja. Los actores jóvenes hacen el ganso, toman el pelo a los mayores, amenazan con ponerse a tocar el piano. Estadistas de avanzada edad se saludan con una formalidad respetuosa, enumerando sus respectivos logros, hablando de futuros proyectos. A esas alturas, los nominados son ya fogueados compañeros de armas: han pasado por media docena de galas desde enero. La gente bebe poco y come menos. Se oye música y una infame *starlet* con aspecto de adolescente rebelde intenta animar a la gente a bailar, pero nadie le hace caso. El ambiente es tan civilizado que resulta asfixiante. Recuerda una fiesta en una ciudad universitaria por dos razones. En primer lugar, es por completo autorreferente. La gente en Hollywood habla de Hollywood como en Harvard habla de Harvard. En segundo lugar, existe un gran temor al ridículo. Todos se cuidan de decir algo que pueda hacerlos quedar como idiotas. Este temor se pone de manifiesto en el extraño impulso a contar los hechos tal como han sucedido, y así se aferran a una visión compartida de su significado. Las bromas no se reciben con risas, sino con el comentario «Qué gracioso. Es divertidísimo». Las

anécdotas interesantes o atrevidas se neutralizan diciendo: «Es un encanto. Esa mujer es un auténtico encanto.» La gente es amable, cordial, pero nunca frívola. Joan Didion, que cree en la Costa Oeste pero ve Hollywood con escepticismo, tiene la última palabra sobre estos hechos: «Los coqueteos entre hombres y mujeres, como las copas después de cenar, siguen siendo en gran medida el lujo de los actores de carácter de Nueva York, los escritores excepcionales... y otros que no entienden la *mise en scène* local.»

5

A eso de la una de la madrugada, los jóvenes camareros, que han trabajado discretamente toda la noche, empiezan a acercarse: «Sólo quiero decirle que me encantan sus películas. Creo que es usted realmente increíble. ¡Suerte el domingo!» Los actores, sorprendidos en medio de conversaciones sobre sus familias, sus perros, un libro que han leído, un buen restaurante en Nueva York, en ese momento tienen que volver a poner cara de actor y convertirse en quienes el camarero cree que son. Suelen hacerlo con cordialidad. Al verse ante tantos tesoros donde elegir, cada camarero ha escogido a su amigo íntimo virtual a quien acosar: ese actor especial que lo hizo llorar en el cine, la cantante cuyas canciones escucha cuando sale del trabajo.

En la calle están los *paparazzi*. No necesitan perseguir a nadie: no hay a donde salir corriendo. Estamos en la oscura ladera de una colina a altas horas de la madrugada. «¿Y qué pasaría —preguntó un joven director atribulado— si un actor simplemente se quedara ahí fuera toda la noche? Si le tomaran fotos desde todos los ángulos posibles, desnudo, y él les contara todo lo que quisieran saber. ¿Bastaría? ¿Se conformarían con eso?» Es un proceso largo: el apiñamiento bajo las lámparas calefactoras, la espera de los coches. Los